LA HOJA DE PARRA

REVISTA FESTIVA * * *
* APARECE LOS SÁBADOS

COLABORACIÓN DE LOS MÁS ILUSTRES ESCRITORES Y DIBUJANTES

Número suelto, CINCO *céntimos.—Suscripción en provincias, 1,50 pesetas trimestre.*

Oficinas: MÉNDEZ ÁLVARO, 2, PRIMERO.—**Apartado de Correos 547, MADRID**

MANUEL GONZALEZ

SASTRE

El que quiera vestir bien y barato, debe visitar la

Sastrería de Manuel González.

QUIÑONES, 5, ENTRESUELO

MADRID

CONSULTA PARTICULAR

en casa del Médico-Director de la **consulta de San Juan de Dios,** de enfermedades de la piel y del pelo, secretas y vías urinarias. Tratamiento curativo de la sífilis, sin dolor, con el 606. **Dr. Portillo.** De 3 á 6 tarde. **Cañizares, 1, principal.** De provincias, por carta.

CENTRO PERIODÍSTICO DE JOSÉ LERIN

Abada, 22, Kiosko frente á Apolo.—*Envíos de periódicos y libros á provincias*

Pídanse precios de publicidad en "LA HOJA DE PARRA,, á la Administración, Mendez Alvaro, 2, Madrid.

Fotograbado de A. VAZQUEZ

Perfección * Rapidez * Economía * COLEGIATA, 7, MADRID



LIBRO INTERESANTE

HIGIENE DE LA MUJER

ARTE DE SER BELLA

POR LA CONDESA DE

VISALROVEVI

3 pesetas en las oficinas de LA MODA PRACTICA, Marqués de Cubas, núm. 7. Madrid.

A LOS ENFERMOS

del **pecho, sífilis, venéreo** y **garganta,** les conviene fumar lo menos posible y esto podrán conseguirlo tomando las pastillas del **Doctor Laboschin.**

Medicamento recomendado por varias eminencias médicas.

DOS PESETAS CAJA en buenas Farmacias.

MATILDE REY

Por A. GONZALEZ BLANCO . . . 3,50 pesetas.

AÑO I. **Madrid, 22 de Julio de 1911.** **NÚM. 12.**



LA HOJA de PARRA

REVISTA FESTIVA

CARAS BONITAS

SUMARIO

CARLOS MIRANDA
De parranda.

FELIPE TRIGO
Odio=Amor

ALEJANDRO LARRUBIERA
Tío Pucheros

EL CONFESONARIO
Artículos de la «ARETINA» y OSTIONCITO

ENRIQUE TROMPETA
La «frescura» del Retiro

M. DELGADO BARRETO
Atracción

CLEMENTE DE CASTRO
La mano del novio

JOSÉ JUAN CADENAS
El nombre de guerra

RAMÓN ASENSIO MAS
Miniatura

CYRANO, ROBLEDANO, BARTOLOZZI y ALFONSO

Retratos y caricaturas de Merceditas Pardo, Amalia Márquez, la «Aretina», Pepita Meliá, Ostioncito, Postales de «don» Escartín y otros dibujos.

5 cénts.



MERCEDITAS PARDO

Dama joven del Teatro de Lara, tan notable como bonita.



Las luchas greco-romanas

y ¡olé las hembras barbianas!

—¿No va usted por el Kursaal
de la Ciudad Lineal,
doña Robustiana?
—No,
señora.
—Pues hace mal
en no ir estas noches.
—¿Yo?
¿Por qué?
—¡Ay, doña Robustiana!
¡No sabe usted qué placer
produce en una mujer
la lucha greco-romana
de dos hombres! Hay que ver,
en estos deportes nuevos,
á esos hombres. ¡Son los amos!
Ni en la época de los suevos
los habria con más... vamos,
con más riñones. Los *coevos*
no son así.
—¡Ay, doña Casta!
No sea usted tan redicha,
porque no la entiendo.
—Basta
con decirle á usted que hasta
se les conoce la dicha
que tienen —al pelear—
á esos hombres. Yo no oculto
mi manera de pensar,
y me voy derecha al bulto
sin poderlo remediar.
Tales luchas me entretienen
muchísimo. Es un placer
indecible lo de ver
los riñonazos que tienen.
¡Feliz será la mujer
más exigente, con ellos!
¡Qué formidables, qué bellos,
qué fuertes, qué bien formados!
¡Ay! Me recuerdan á aquellos
campeones de los pasados
siglos, á los paladines
de la Edad Media. Y no abusan
de su físico con fines
torcidos. Lo que es que no usan
ni medias... ni aun calcetines.
—¿Pero, es que luchan desnudos?
—Casi, casi. ¡Y qué ilusión
ver los ejercicios rudos
de esos hombres tan pipudos!
¡¡Son la descoyuntación!!
—Estarán descoyuntados.
—Eso me he supuesto yo.
Porque —al verlos enlazados
uno con el otro— no
parece que estén formados
esos luchadores cual
los *poca-chicha* de ahora...
Vaya usted por el Kursaal
de la Ciudad Lineal,
y ya verá usted, señora
—si no desoye mis ruegos—,
cómo le gustan los juegos
de esos hombres (pues parece
que el valor los pone ciegos),
y cómo usted me agradece
los consejos que le doy.
Le digo á usted que yo estoy
loca por ellos. ¡No hay duda!
—Pues, nada; esta noche voy
á esa fiesta pistonuda,
para ver á esos hombrones
por usted tan admirados.
—¡Ya verá usted qué riñones
tienen aquellos campeones
de la fuerza, y qué abultados
tienen los bíceps.
—Me basta
ya con que usted me lo diga,
mi apreciable doña Casta.
—Muy bien. ¿Y hasta cuándo?
—Hasta
la noche, mi buena amiga.
—Doña Robustiana, ¡á ver
si falta usted á la cita!
—Yo nunca olvido el placer,
porque es lo que necesita
—para gozar— la mujer.
¿Y á qué hora hay que ir?
—De once á doce.
Ya está usted, se le conoce,
de acuerdo en todo conmigo...
Me alegraré de que goce
mucho allí.
—Lo mismo digo.

Por las «viejas chulas»,

Carlos Miranda

ODIO = AMOR

Sabremos de almorzar en casa de los primos de mi mujer. Pero yo he llegado antes; mi mujer no está todavía, y no está más que la mujer de mi primo. Y la mujer de mi primo, es decir, del primo de mi mujer (mi prima si os place, mi bella prima, arrogantísima), ha huido del salón, al sentirme, refugiándose en el gabinete.

Es terrible esta prima mía, tan rubia. Es tremendo que mi boda haya venido á convertirme inesperadamente, desde hace meses, en pariente de mi antigua enemiga cordial del tranvía, de mi antigua y desconocida enemiga mortal de por esas calles.

Pero es preciso terminar esta situación de una vez, y me resuelvo. Entro en el gabinete.

¿La he sorprendido? ¿La he asustado?... El libro cae de sus manos á la alfombra. Yo me siento. Ve en mi cara una osada decisión, y su orgullo y su altivez la obligan á callar, mirándome, mientras la contemplo. Es lista, y adivina que va á hablarla su «antiguo enigma odioso de otro tiempo».

—Vaya, prima, seamos francos: usted me odia con todo su corazón.

—¿Yo?... ¡Qué escucho!

—Principalmente desde que el azar nos ha ligado en parentesco, su odio á mí se ha vuelto intolerable, prima, así obligada á verme y soportarme.

—¡Por Dios!

—Mi presencia y mi conversación la irritan, y quisiera usted, sin duda, poder causarme algún daño, en forma tal, que nadie sino yo supiese que usted me lo causaba... puesto que su odio es íntimo y absurdo y secreto entre los dos: de alma á alma.

—¡Mi odio!... Acaso es usted un poco fatuo.

—Tal vez.

—Desde que se casó habremos hablado seis veces entre gentes, como extraños; y antes ni le conocía siquiera. A lo sumo pudiera haber de mí hacia usted simpatía ó... antipatía: eso que instintivamente nos inspira toda nueva relación. Pero ¿odio?, ¿por qué? ¿No piensa usted que el odio es un honor que no puede concedérsele á cualquiera?

—Razón por la cual, de usted, yo tenía el orgullo de ser el hombre más odiado del mundo.

—Le encuentro testarudo á más de fatuo.

—Menos mal. Ya con eso empieza á serme franca. Correspondo, y digo que usted no era sincera al afirmar que no me conocía antes de casarme. Me conoció usted en el tranvía. Hace lo menos dos años.

—No recuerdo. ¿Quiere tener la bondad...?

—Con mucho agrado. Noche mala, de viento, de lluvia, y tranvía de Salamanca, de este barrio. Un poco tarde, y sólo yo en el tranvía. Una dama que lo para al poco y que sube; era usted. Iba usted elegantísima: abrigo de piel café, gran sombrero y plumas rojas, falda de terciopelo pensamiento...

—¡Ah, sí!

—¿Recuerda ahora?

—No. Sólo recuerdo que tuve esas prendas.

—Además, tan perfumada, que el olor de sus esencias hízome levantar los ojos del periódico. Fuí sin leer un momento, absorto por la gentileza de usted... Y usted, á lo largo del coche vacío, había entrado á sentarse en un ángulo de la delantera, diagonalmente opuesto al que ocupa-

NUESTRAS COCOTAS



AMALIA MÁRQUEZ

ba yo. Tomó usted, con rapidísima ojeada, nota de mi admiración, y la desdeñó en seguida... volviéndose, volviéndose á mirar por el cristal de la plataforma... Yo persistí en mirarla, absorto por su arrogancia y su belleza... Usted volvió á advertir mi intención y la despreció más, volviéndome la espalda. Era, prima, amiga mía, el odio que usted empezaba á concederme, por demás...

—¿Por demás... qué?

—Por demás... generosamente. Y sonreí.

—Bueno, ya lo dije; usted es algo fatuo. Cualquiera otro que no lo hubiera sido, únicamente habría visto en mi desdén... el que conviene á los tenorios de tranvía.

—Si me perdona, prima, yo le diría á usted que les conviene mejor *la indiferencia*. El desdén así marcado es ya una pequeña entrega de atención... Y yo sonreí, sonreí...; *por eso*... formé mi juicio de usted... y volví á enfrascarme en mi lectura, por no volver á mirarla... ¡Qué tormento entonces! ¡Qué rabia para usted!... ¿Se acuerda?... Es verdad, *no se acuerda*. Yo sí, en cambio; solos, solos siempre en el tranvía; el viaje, largo... En la Cibeles, usted habría dado no sé qué porque yo volviese á admirarla. En Colón, ¡y nadie entraba!, había usted tosido tres veces, dejado caer dos el pañuelo, y hablado con el cobrador para que oyese el abismado lector imperturbable su voz seductora... Una voz divina, clara, que yo oí bien... pues lo que menos me importaba era el periódico, todo empeñado en hacer rabiar á usted con mi *indiferencia*... porque le diré también, si usted me lo consiente, que es el mejor castigo contra *las desdeñosas de tranvía*. En fin, usted bajó; tenía yo tan tendidos los pies, que tuvo usted que pedirme al pasar: — *¿Permite usted?* —¡Horror, mi odiada prima!... ¿se acuerda?... yo recogí los pies sin contestarla, sin alzar los ojos del *Heraldo*, cuya «lectura» no interrumpí...

—¡Falso!... ¡Usted me miró; y de tal manera, que aún volvía por el vidrio la cabeza cuando yo avanzaba hacia mi casa?

—¿Cómo? ¿Eso sí lo recuerda?

—Lo recuerdo. ¡Vea usted lo que son las cosas!

—¿Y no recuerda asimismo que otras noches desde entonces nos volvimos á encontrar en el tranvía, con más gente, con menos gente, y que siempre yo... leía el *Heraldo?*

—¿Y no recuerda usted, odiado primo, que en el tranvía y en la calle, dondequiera que nos volvimos á encontrar, yo cuidaba de hacerle advertir la primera mi desprecio?

—Su odio.

—¡Sea! ¡Mi odio!

– Un odio de mujer. Amor inverso.

—¿Cree usted...?

—Tanto, que le temía á esta inevitable explicación, como á una declaración... amorosa.

—¡Señor mío!!

—¡Qué!

—Que yo no puedo consentir... ¡Chist! ¡Mi marido!

Entra el marido, me saluda. Sale el marido á dejar el abrigo y el bastón. Hay un silencio.

—¿Decía usted...? Siga, siga.

—Decía que usted verá si para dejar de odiarme le conviene amarme... no hay otra manera. Por mi parte, siento muchas veces la intención de darla un beso apasionado.

—¡Oh, pero usted se me rinde, infeliz! ¿No ha previsto que desvanece mi odio, suponiendo que lo tuve, al confesarme su mañoso interés en sus lecturas del *Heraldo?* Usted, la intención de darme un beso; yo, la voluntad de negarlo: y heme aquí vengada, curada de mi odio... radicalísimamente.

– *El odio es amor inverso.* No renuncio al orgullo de su odio. Le digo, prima, que no quedan más caminos que odiar... ó amar.

—Queda otro. Confesarles nuestro mutuo odio inextinguible á su mujer, á mi marido... y no vernos más. Es lo prudente.

—Tiene usted razón: es lo prudente. No hay motivo alguno para que nos sigamos soportando.

—¡Ahí viene mi marido!

—¡Y mi mujer!

Mi bella y blonda prima se levanta, vacila... vuelve á mí desde la puerta.

—¡No les diga nada esta noche!—me advierte.

—¡Pues jure que me odia con toda el alma!

—¡Con toda el alma!!

Sale y yo permanezco un instante respirando sus esencias, sacudidas al vuelo de sus sedas.

Al día siguiente nos volvemos á ver á solas.

Mi prima tiene mucho talento ¡qué diablo!

. . . . . .

Felipe Trigo

TIO PUCHEROS

CASARSE con mujer guapa y frescachona, empuñar la vara de alcalde en su pueblo y ver los Madriles, eran las únicas tres cosas por cuya realización suspiraba el tío Policarpo, el más rico labrador de Temblequilla, un buen hombre que frisaba en los cincuenta, y de natural tan sensible, que no podía ver, oir ni leer una lástima sin que se le arrasaran los ojos de lágrimas, por lo cual conquistóse entre sus conterráneos el remoquete del *tío Pucheros*.

Tío Pucheros, al declinar de su llorona existencia, pudo realizar sus grandes y anhelados sueños de ventura.

Un puñado de duros ladinamente gastados en obsequios rindiéronle la voluntad de María la *Flamenca,* la moza de más ver de Temblequilla, y de la cual malas lenguas —que nunca faltan— decían que no se agenció tantas ropas, alhajas y dinero como de los Madriles se trajo al cabo de unos cuantos años de servicio manejando la escoba ni el estropajo.

Para completar su felicidad sólo le faltaba hacer el viaje á la corte; pero, ¡ay! el hombre es insaciable en sus venturas y ya el viajecito no le preocupaba tanto como el tener un hijo de su adorada y rolliza mujer, que hacía honor al alias con que la conocía el pueblo: era una soberbia matrona del corte y proporciones de las que inmortalizó Rubens en sus lienzos.

La luna de miel fué breve: la *Flamenca,* una vez realizado su propósito de casarse y ser la persona de más viso de la aldea, echó de ver que su esposo más estaba para rezar el rosario por las noches que para entretenerla con esos deleitosos cuentos de amor que tanto satisfacen á las mujeres que aún tienen su alma en su armario...

Tío Pucheros, para estos cuentecitos, era —según murmuraba la señora— el hombre más soso que había comido pan á manteles.

Pues, señor, que al cabo de tres años y en vista de que los cielos no atendían la súplica ferviente que á diario les dirigía para que le concediesen fruto de sucesión que alegara su hogar harto silencioso y tristón, discurrió *tío Pucheros* consultar con el albéitar del pueblo acerca de aquella negativa para él incomprensible; y el albéitar, más por inducción que por ciencia, declaró, tras un latinajo, que lo que anhelaba el señor alcalde era punto menos que imposible se realizara. Y después de espetarle una linda teoría acerca de la incompatibilidad de edades entre él y su señora, terminó con el socorrido estribillo con que se desahucia al que pide gollerías:

—Sólo un milagro...

Al oir esto, el alcalde sacó un enorme moquero del bolsillo de la chaqueta, y llevándoselo á los ojos, prorrumpió en el más entrepitoso de los llantos.



EL ORGANILLERO.—¿De dónde vas tú á comparar tu trabajo con el mío? Yo estoy *to* el día dale que le das al manubrio.

ELLA.—¡A ver si yo me estoy demás!

Así las cosas, cada día más macilento y melancólico el hombre, sin humor para cosa alguna, ni aun para comerse de una sentada, como de costumbre, medio cordero asado ni soplarse una cantarilla del mostagán de sus vides, hubo de recibir una carta de un su pariente, tabernero en la villa y corte, que le invitaba á pasar en ella con su costilla los días de San Isidro.

Aquella carta fué un rayo de luz para el desdichado aspirante á padre... ¡Ma-

drid!... Este nombre resonaba en sus oídos como jamás hubo resonado...

¡Quién sabe si en Madrid encontraría uno de esos sabios médicos que colmara sus deseos!

Y ansioso de averiguar esto y espoleado par el afán de ver los Madriles, aceptó *tío Pucheros* la invitación del pariente, y una mañanita de Mayo, víspera del santo patrono de la coronada villa, entró en ésta el matrimonio, llamando la atención de los hombres la esplendidez con que Natura moldeó á la señora; y á todo el mundo, las descomunales y bien repletas alforjas que al hombro traía el caballero que la acompañaba...

Como una estatua hubo de quedarse nuestro hombre al oir de boca del famoso doctor, cuya ciencia tanto le había ponderado su pariente, la más rotunda negativa en su lógica y natural aspiración, y si le dejaría atontolinado la fatal noticia, que saliase del gabinete sin despedirse del Galeno.

Gracias que á la *Flamenca* no le conmovió poco ni mucho lo que por olvidado tenía ya de puro sabido, y enmendó la torpeza de su esposo depositando, no sin suspirar hondamente, dos monedas de plata que el vulgo llama duros sin duda por lo mucho que cuesta el alcanzarlos.

Bajaba las escaleras el alcalde de Temblequilla refunfuñando con desesperación.

—Pa que se fíe uno de estos *méicos* sabihondos de la corte.... ¡Saben lo mesmo que el albéitar del pueblo!..

—A mí no me traigas otra vez á hacer vesitas á nengún dotor pá enterarle de las tontunas que á ti se te han metio en la cabeza y gastarnos los duros—gruñía á su vez la *Flamenca*.

Iban camino de la Pradera del Santo el *tío Pucheros* y su consorte, cuando al dar vista al puente de Toledo la *Flamenca* gritó alegre y sorprendida:

—¡Don Pepito!...

Volvió rapidamente la cabeza el *tío Pucheros,* y vió que un caballerete no mal parecido tendía los brazos hacia su esposa, diciéndola:

—¿Pero tú en los madriles, María?...

El primer ímpetu de *tío Pucheros* fué el de santiguar al desconocido.

Pero su señora le contuvo:

—Saluda, hombre... Es el señorito Pepe, en cuya casa estuve sirviendo.

Y volviéndose hacia el aludido, añadió señalando á su cónyuge:

—Mi mario Policarpo...

—Alcalde de Temblequilla, pá servirle—dijo éste.

Previa tal presentación, el señorito, que era hombre campechano, empeñóse en acompañar al matrimonio á la Pradera, no sin asegurar que agradecía tal encuentro mejor que el que hubiera tenido con unos amigos con los cuales habíase citado en el lugar de la romería.

Dieron los tres con sus cuerpos en las inmediaciones de la ermita del santo, y empeñóse la *Flamenca* en beber el agua milagrosa de la fuente que, como es sabido, brota al pie de la ermita.

Su marido la instaba á que bebiese.

—Bebe otro traguito más, mujer... Puede que así se consiga lo que tú sabes.

Gracias á don Pepito, que inició que el beber agua con exceso podía producirle un cólico á la señora, cesó el marido en su demanda, y los tres decidieron visitar la ermita, á la sazón atestada de gente.

Al cabo de un gran rato vióse salir á *tío Pucheros* solo, azorado, mirando con los ojos muy abiertos en derredor suyo, y gritando acongojado:

—¡María!... ¡Mariaaa! ¡Don Pepito!...

Pero ni don Pepito ni María encontrábanse por aquellas alturas. Convencido de esto, el alcalde de Temblenquilla bajó como loco á la pradera, y todo ojos, iba requisando los grupos de romeros que hallaba al paso, sin encontrar á su mujer ni al simpático acompañante.

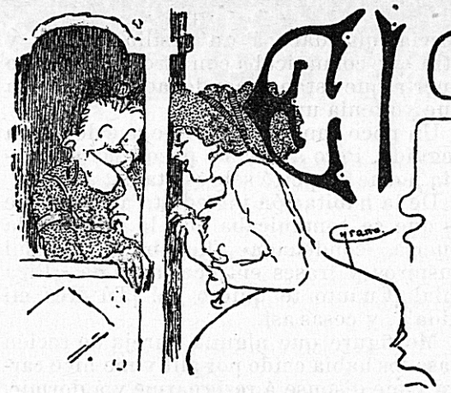
Ya bien entrada la noche arribó, molido de cansancio y aburrimiento, á la taberna de su pariente, en donde encontró á su María, la cual, según dijo, habíase pasado la tarde buscando á su vez al perdido esposo...

El Carnaval del año siguiente, el alcalde de Temblequilla era uno de los seres más dichosos de la tierra: su grande afán de tener un vástago habíase cumplido.

Toco alborozado y con lágrimas de alegría, abrazaba al albéitar, diciéndole:

—Damián, acertaste con lo del milagro... ¡Si la mi María no bebe el agua de la fuente milagrosa de los Madriles, no se me cumple á mí nunca el deseo más grande de mi vida...

Alejandro Larrubiera



El confesonario

La ARETINA

Si á ustedes les parece pasaremos como sobre ascuas por las incidencias que me hicieron artista, porque todo eso lo saben los que van á leerme, quizás mejor que yo, que procuré olvidarlo y lo he logrado en parte, y porque, además, mi condición de «escritora» me obliga á ser original, á decir cosas nuevas y nada más.

He tenido la suerte de ser muy amada, y algunas veces, valgan verdades, la debilidad de corresponder un poquitín.

Yo no sé si hice bien ó hice mal; hice lo que sentí y no me arrepiento, porque lo que debió pasar pasó y lo que merecía quedar, queda. ¡El destino sabe lo que hace!



CONCHA MOROTE

Mis gustos, mis inclinaciones... ¡Pchs, y yo qué sé! Cuando una mujer afirma que le gustan los rubios más que los morenos, que prefiere á los altos mejor que á los bajos, que á elegir entre un barbudo y un rasurado se queda con tal ó cuál, esta mujer miente ó no tiene del mundo tanto así de idea.

No, no es verdad que las mujeres llevemos en el corazón ó en la cabeza el tipo ideal. Este surge cuando menos se espera, y surge como no se había imaginado: rubio unas veces, moreno las otras, como sea... Generalmente todos tienen algún encanto ¡qué demonio!

Los que á mí me atormentan y me enfadan son los románticos. ¡Qué casta de señores, santo Dios!

He tenido que sufrir, ó por benevolencia he sufrido á algunos, y estoy «documentada» para hablar de ellos.

En Murcia, hace dos años di con uno que ya, ya...

Verán ustedes. Trabajaba yo en la capital, y por no recuerdo qué clase de razones, por algo así como porque á la gente le había dado por ir á verme y el teatro en que yo trabajaba estaba lleno á todas horas, otros empresarios crearon al mío algunas dificultades que nos obligaron á suspender el trabajo diez días.

Se enteraron en un pueblo inmediato de lo que ocurría y vinieron á proponerme que fuera á trabajar allí esos días.

Hablamos de precio y condiciones, y total, que allá fuí.

Mi empresario era un banquero muy rico y muy viejo, el cual tenía un sobrino de veinticuatro ó veinticinco años, que llevaba los negocios bancarios.

Yo apenas hablé con el pollo éste; le conocía de verle en todas las secciones ocupando un palco cercano al escenario, pero nada más.

Pues, bueno; acabo la temporada en el pueblo aquél y me voy á Murcia. En la estación, al ir á tomar el tren, lo primero que me encuentro es al sobrino del banquero-empresario, que muy ceremonioso me saluda y se mete en el mismo coche que yo.

TARDES DE LA "BOMBI,,



—Como ya anochece se me ocurre preguntar á estas chicas: ¿echamos el último?

En mi vida he hecho un viaje más aburrido. ¡Qué atrocidad, qué asaúra la de aquel jovencito! Yo le hablé de teatros, de toros, de política, de modas, de la «mar»... El asentía, fumaba, y nada más.

Llegamos á Murcia; en la estación nos despedimos; tomé el coche del hotel, y perdí de vista al joven triste.

En el hotel comí y me marché á mi cuarto á descansar.

Mi cuarto era pequeño y tenía un balcón á la calle; la puerta por la que yo me servía, que daba á un pasillo central, y otra que comunicaba con otro cuarto, pero puerta que estaba «condenada», y ante la que yo tenía un lavabo.

Un poco cansada del viaje, me dormí en seguida. Pero á cosa de poco más de media noche desperté sobresaltada.

De la habitación inmediata á la mía, de la que se comunicaba con la mía por la puerta «condenada», llegaban hasta mí suspiros y frases entrecortadas de «¡Rica mía! ¡Cuánto te quiero yo! ¡Tú eres mi vida!», y cosas así.

Me figuré que alguna pareja de recién casados había caído por allí y me hice cargo y me dispuse á resignarme y á dormir.

Pero, sí, sí... la cosa iba conmigo. A continuación de un suspiro muy prolongado, oí: «Conchita, Aretina de mi alma».

Me quedé un poco sorprendida. Anda Dios, ¿qué será esto? No pensaba hacer caso; pero como la cosa aumentaba y se complicaba con un ruido como si fueran á forzar la puerta, me incorporé en la cama.

—¿Qué mal alma anda ahí? ¿Qué demonios quiere?— dije.

La voz melosa y ruborosa del sobrino del banquero-empresario me contestó:

—Soy yo, Conchita, yo que... (aquí una declaración amorosa muy infantil). Yo que para hablarte, nada más que para hablarte un momento, te ruego que me abras y que he corrido la estera para echarte esas 26.000 pesetas en un cheque y esas dos onzas de oro.

Efectivamente, por debajo de la puerta aparecieron unos papeles y dos monedas. Yo desde mi cama me reía. A cualquiera le vienen bien, si se las regalan, 26.000 pesetas, y se me iba la cabeza por recogerlas. Pero luego lo pensé mejor, y me hice cargo de que aquel dinero no sería suyo, sino de su tío, y por debajo de la puerta se lo devolví.

A la mañana siguiente supe por el dueño del hotel, que había suplicado la habitación aquélla, precisamente; que insistía en hacerme el amor y que decía que si yo no le correspondía se iba á matar...

Algunos días después me enteré de que su familia muy cuerdamente había tomado cartas en el asunto y le había metido, supongo que no en un convento, porque ya era mayorcito...

Pero ¿qué es esto, Dios? ¿He escrito doce cuartillas? ¡Ni un artículo de mi primo Luis Morote! Perdonen ustedes...

Concha Morote
Aretina.

OSTIONCITO

Ahí va la verdad, aunque ustedes me censuren y Dios me castigue si ello es malo: me gustan mucho las mujeres... Las rubias, las morenas, las altas, las bajas, las medianas, las solteras, las casadas, las viudas; todas y acabo antes.

En estos tiempos de «moralidad», es quizás algo expuesto una declaración así; pero, señores, ¿qué les voy á decir, si me gusta decir la verdad siempre, y la verdad es que en cuanto tropiezo con una mujer guapa me pongo que da miedo verme?



PEPE MORALES

En la clase de burguesitas he tenido mis éxitos, ni más ni menos que el maestro Machaco. Ha habido quien se metió monja porque yo no la quise; quien por irme á buscar se descasó; quien me quiso matar; quien con un frasquito de vitriolo en el bolsillo me esperó varios días para afearme el físico.

Pero mis grandes triunfos, los ratos «definitivos», que no olvidaré nunca, los tuve y los pasé entre tiples, coupletistas y otras damas así.

Yo no sé qué tenemos nosotros los toreros, yo no sé lo que tienen ellas. Lo que sé prácticamente, es que todas las artistas, al menos las que yo traté, nos prefieren; sé, como consecuencia de mis observaciones particulares, que aunque á veces caigan con tal ó cual señor más ó menos rico —rico siempre—, para ellas no hay juerga, ni fiesta, ni nada que las agrade si no están con un hombre público, sea torero ó periodista ó cómico... Así se encuentran en su mundo; al lado de don Juan. Ignorando, se figuran estar en otro planeta y sin don Juan...

Pero no me quiero correr. Con esto de no saber escribir para el público, y con esta costumbre que han sacado ahora de que á la fuerza hemos de hacerlo, por menos de nada se ve uno comprometido, porque nunca falta algún pudoroso, como don Escartín ó el señor Dalmacio.

No, caballeros, no. No se alarmen ustedes, porque todas estas cosas de que acabo de hablar han pasado ya. Ahora intento apretar en mi oficio, y para ello necesito no gastarme en otras cosas y hacer buena vida. De modo que vayan ustedes preparándose para acogerme en su seno; porque á lo mejor acabo fraile ó algo así.

Desde que el «Gallo» me dió la alternativa aquí en Madrid, con haber hecho algo no creo que hice todo lo que debía. Este año llevo toreadas cuarenta corridas, número que me satisface, y que procuraré aumentar, poniendo de mi parte para ello mucho valor y mucho entusiasmo. Y veremos.

Yo confío en mi «pata». Entregado á ella, sin más padrino que mis méritos, muchos ó pocos, viví siempre.

Lo que haré con cuentagotas es amar. Me gustan mucho, mucho, las mujeres, sí. Pero prometo ser formal, y que pondré menos cuernos que los que tiraré en la plaza...

José Morales
Ostioncito

LA «FRESCURA» DEL RETIRO

Para hablar de nuestro «frondoso Parque», como dicen los galicursis de garbanzo y lenteja á todo pasto, hay que ponerse fresco.

Freseas son las niñas de diez y ocho abriles que saltan á la comba, se enternecen con los pollitos no menos frescos, se balancean en las barcas del estanque y toman leche con mojicón en la centenaria Casa de Vacas.

Frescas son también esas jamonas solitarias que en las mañanitas del Retiro, si no juegan á la comba ni se balancean en barca, toman la fresca leche.

Eso de *fresca* es un modismo de la vida pastoril, que también tiene sus *frescuras* como el cuento de «La Lechera».

Y frescos estamos los madrileños, cuando suponemos que nuestro gran Parque es delicia de los dioses del Olimpo, y que en él se refrescaron de lo lindo los grandes cortesanos de Felipe IV.

¡Oh la frescura del Retiro! Ya se lo decía, en una de las pasadas mañanitas de este hirviente mes de Julio, un chupado jovencillo á una frescachona amiga de los paseos matutinos por las selvas umbrías... del Retiro.

—¡Qué hermoso es esto!... La abundancia de hojas en lo más alto de las plantas, formando verde toldo por el cual se filtra tamizada la lumbre solar, mitigando sus ardores y formando caprichosos cambiantes de refulgente claridad y de sombra apacible...

Y la frescachona amiga oía con deleite esas dulces y alambicadas frases...

—Las aves cantoras —seguía diciendo, embelesado, el pollito fresco —entonando sus trinos y gorjeos. Y un vientecillo suave esparce en sus alas el grato aroma de las plantas y las flores...

El banco que soportaba resignadamente el melódico turbión de todas aquellas frases de novela, lanzaba gemidos de protesta.

Y el pollito seguía:

—Los arroyuelos de agua cristalina serpentean y murmuran por el somero cauce que naturalmente han abierto...

Y el banco seguía protestando contra la frescura del pollito, que vertía párrafos enteros de una joya literaria de nuestro tiempo en la oreja carnosa de la frescachona...

La sonrisa de una fresca boca asentía al idilio primaveral como presentimiento del Paraíso.

—¡Qué bello! ¡Qué frescura hay en todo esto!... En el estanque... en los árboles... en las plantas... en el ángel caído...

—Sí, sí, vida mía. Ni en San Sebastián, ni en Biarritz... Todo muy fresco; pero...

—Pero ¿qué?...

—Pero la leche, aquí no está fresca.

Enrique Trompeta

MAÑANAS DEL RETIRO



UN PARÈNTESIS

ATRACCIÓN

I

Bien se lo habían dicho á Juanón antes de abandonar el pueblo: «¡Ya verás, Juanón, ya verás las cosas que hay por la corte!»

Y el rudo mozo había tenido ya tiempo para asombrarse ante los edificios inmensos, las chimeneas sin fin que vomitaban el denso humo de las fábricas, el desfile interminable de coches, el ir y venir atropellado de las gentes...

¡Cinco días llevaba Juanón en Madrid y aún no había resuelto nada. ¿Quién piensa en cosas tales cuando la bolsa no está vacía?

Aguijoneado por la curiosidad, se encontró una noche arriba, en la galería de un teatro elegante. La gente charlaba y reía. Al fin se hizo el silencio, alzóse la cortina y empezó la función.

De pronto Juanón, como si le hubiesen clavado en el sitio que ocupaba, quedóse inmóvil, boquiabierto, con los brazos caídos hacia adelante y los ojos espantados.

El público saludaba en aquellos momentos con aplausos estruendosos la aparición de la Delvé, la artista mimada, de divino rostro y espiritual figura.

Dudó el mozo. ¿Sería *aquella* mujer como las otras? ¿Sería visión preparada por artes de encantamiento?...

Inquieto y caviloso, Juanón no pudo dormir aquella noche en el duro jergón de la posada.

II

El representante de la empresa rompió á reir al escuchar las pretensiones del palurdo.

En fin, ¡qué diablos!, si tan grande es tu deseo, quédate. Ya procuraremos buscarte ocupación en que puedas emplear esos puños.

Y Juanón entró á formar parte, en calidad de bruto, de la servidumbre del teatro... ¡Ah! ya sabría él si aquella que cantaba era mujer de carne y hueso.

. . . . . .

A la hora de la función, la hermosa tiple, con su cohorte de empalagosos adoradores, presentóse en el escenario.

Tiempo hacía que una mujer de teatro no arrastraba á su *camerino* enjambre tal de aristócratas.

Margarita Delvé había operado una verdadera revolución. Los brillantes, las flores, el dinero, caían á los pies de la hermosa como ofrendas paganas que no logran ablandar á los dioses.

Cuando Juanón vió entrar á la Delvé cubierta de plumas y de encajes, fué tal su azoramiento, que, inmóvil en medio del pasillo, casi hizo detener á la tiple.

Ella, al encararse con el hombre fornido, de gruesos labios y piel tostada, que parecía extasiado en la contemplación de una maravilla, sonrió piadosa, y empujando suavemente con su mano diminuta al mozo, le hizo á un lado.

Juanón ya no dudaba; pero se le antojó que aquel cuerpo estaba formado de nubes vaporosas y que para imprimir vida á tales ojos había robado Dios fulgores á las estrellas, rayos al sol.

Y cuando la Delvé salió á escena con su vestido de baile, sembrada la cabellera de puntos luminosos, oprimido el talle, palpitando el seno, Juanón creyóse transportado á uno de aquellos castillos en los cuales, según la sencillota abuela, retenían las brujas á las tristes princesas encantadas.

III

—¿Podrás con él?—dijo á Juanon el encargado, señalándole un baúl descomunal.

—Probaremos fuerzas... es poca cosa.

—Bien; así que la función termine, calle de X, 78, casa de la señorita Delvé.

Y Juanón llegó, sin darse cuenta, al número indicado. Poco más tarde se detenía frente á la puerta un coche de aristócrata.

Juanón percibió claramente rumor de voces suplicantes, vió después un pie de niña apoyado en el estribo, á tiempo que estallaba una risa coquetona, la risa de Margarita Delvé, que decía á su acompañante:

—Veremos, duque, necesito reposo. Hasta mañana.

Y encarándose con Juanón:

—¿Hace tiempo que esperas?...

Subieron al principal, ella delante, ligera, ágil, rozando casi con su faldellín de seda púrpura, crujiente y perfumado, el cuerpo del mozo.

La casa de la artista, oliendo á violetas, con sus muebles lujosos y sus pesadas cortinas y sus espejos colosales —remunera-

ción de muchas locuras, origen de otras tantas desgracias— determinó una nueva crisis en el espíritu semisalvaje de Juanón.

La Delvé, contemplando regocijada tan honda turbación, habíase despojado de la capa de pieles, del sombrero y los guantes, dejándose caer con indolencia en un sillón, hastiada de oir súplicas monótonas y ofrecimientos fastidiosos.

Aquella vida empezaba á repugnarle, y las carnes de Margarita temblaron de repulsión, de asco invencible, al recordar caricias fingidas, halagos de un minuto, ternuras de un momento.

La naturaleza ruda, selvática, de Juanón, de aquel hércules que lo miraba todo con expresivo asombro, la atraía como el abismo, como debe atraer el mar á los desesperanzados de la tierra. De seguro sería muy delicioso despertar la primera emoción voluptuosa en aquella alma virgen, en aquel espíritu sencillote, sin refinamientos ni hipocresías, fortalecido en el trabajo del campo, supersticioso, puro como las brisas otoñales, como el rocío de las mañanas de primavera...

Juanón aguardaba sin atreverse á despegar los labios.

La Delvé, abstraída, fantaseaba; los efectos de muchas noches de insomnio excitaban su imaginación... Crecía el deseo hasta salir por los ojos en centelleos de incontinencia, y la artista, en un impulso brutal, en un arranque de bestia salvaje, lanzóse sobre Juanón, le apretó el cuello nervudo con sus torneados brazos, y estampó en el curtido rostro del atleta un beso, más que beso un mordisco furioso, incitante, de pasión infinita...

Juanón se hizo atrás como temiendo la acometida de una fiera, abrió desmesuradamente sus grandes ojos parduscos, y derribando muebles, saltando luego los escalones, tropezándose con las gentes en las calles, no paró de correr hasta que su cuerpo sudoroso, fatigado, convulso, cayó pesadamente sobre el jergón de la posada.

. . . . . .

Al clarear el nuevo día, Juanón salía de Madrid, jurando y perjurando que la villa y corte estaba tan endemoniada como el caserón de los miedos, que años atrás, según las tradiciones, alzábase imponente en la plaza de su pueblo...

M. Delgado Barreto



OTRA DE LAS ARTÍSTICAS POSTALES QUE LLEVÓ AL SENADO DON ESCARTÍN

LA MANO DEL NOVIO

Una tarde, después de almorzar el señor Avecilla, dijo en tono muy grave á sus compañeros de hospedaje:

—Mañana me caso. ¿Quieren ustedes honrarme asistiendo á mi boda? Acompáñenme, anden.

Todos quedaron un poco asombrados y contemplaron al Sr. Avecilla que, cada vez más preocupado, más absorto, abandonaba el comedor, diciendo:

—Señores, les espero. Hasta mañana.

Los amigos del Sr. Avecilla, hombre sesentón, calvo, barrigudo y pretencioso, pensaron en gastarle alguna broma gorda con ocasión de su matrimonio.

Uno de ellos dijo:

—Yo me encargo de ello. Esperen ustedes á mañana.



PEPITA MELIA

La gentil tiple que cada día gusta más y es más aplaudida en «A B C».

La «terrible ceremonia» se celebró al día siguiente con toda pompa y gravedad. La novia estaba bellísima, con traje blanco y sus negros cabellos andaluces sembrados de azahares; al Sr. Avecilla los ojos le brillaban más que un uniforme fantástico y ridículo que había sacado de no se sabía dónde.

Por la noche, terminada la cena, y luego que se hubieron marchado los invitados y pegajosos, los novios pudieron abrazarse en la cámara preparada para el temible y codiciado sacrificio.

—¡Por fin, solos! — exclamaría Avecilla repitiendo inconscientemente el título de un cuadro célebre.

Y la joven repetiría:

—¡Sí, por fin solos!...

Sus cuerpos se confundirían en un estrecho abrazo; sus labios arderían en la misma llama; sobre sus párpados entornados, el dios Deseo desplegaría su manto rojo.

Estaban en una pequeña habitación con una ventana enrejada que, por excesivo calor ó imprudente cariño á la higiene, dejaron entornada. Avecilla, con objeto de evitar miradas importunas y atisbos odiosos, apagó la luz y, en medio de la más casta obscuridad, los dos esposos se acostaron. El balbuceaba, paseando sus labios ardientes á lo largo de los brazos desnudos de la joven.

— Mía de mi alma... sangre de mis venas... carne de mi carne...

Mientras ella repetía la frase consagrada para tales momentos por la costumbre:

— ¡Oh amado mío!... ¿Dónde estoy?...

Y aquí, lector, si te parece pondremos puntos suspensivos.

. . . . . .

Entretanto los compañeros de hospedaje de Avecilla, preparando el «ataque», pasaban por casa de los novios.

La ventana estaba entornada.

Uno preguntó:

—¿Qué hacemos?

El *coro* se encogió de hombros. El que al recibir la noticia había ofrecido encargarse de la broma, más arriscado, se acercó de puntillas á la reja, empujó la ventana suavemente y gritó ahuecando la voz:

—¡Señor Avecilla, es usted un indecente! ¡Quite usted esa mano de ahí!...

Dicho esto, todos echaron á correr riendo á carcajadas. Avecilla, que acababa de quedarse dormido, saltó del lecho he-

cho un energúmeno, y cogiendo un revólver y en ropas menores, salió á la calle resuelto á empezar á tiros con los chuscos. Afortunadamente para todos, cuando él llegó al regajo, ellos ya iban muy lejos.

La desesperación de Avecilla, que á fuer de enamorado y de viejo es muy celoso, es horrible. Porque él dice: «Si esos canallas vieron el lugar donde yo, al dormirme, dejé mi mano derecha, claro es que apreciarían también los contornos y aterciopeladas blancuras de dicho sitio.»

Y se resiste á creer que, hallándose el dormitorio en tinieblas, los que pasaron por la calle nada pudieron ver. Sin duda quien le interpeló ordenándole rectificase la posición de sus manos, tuvo razón. Mas esto poco prueba.

¿Hay nada más fácil de adivinar que el sitio donde un recién casado olvidará sus manos durante la noche de novios?

Clemente de Castro

EL NOMBRE DE GUERRA

Cuando era niña, al mirar
su figura seductora,
todos querían besar
su carita encantadora...
Al aire el rico tesoro
de su pelo, parecía
como una cascada de oro
que por su espalda caía.
Y decían con amor
que era la niña un primor,
un angelito del cielo,
y un modelo...
un modelo... de candor.

Creció y, apenas mujer,
llena de amor y alegría,
ya de taller en taller
ganó el pan de cada día.
Los artistas la buscaban,
el arte la encontró pura:
cien lienzos atestiguaban
su soberana hermosura.
Todos viendo aquel primor
y aquella cara de cielo,
decían locos de amor:
—¡Es modelo...!
¡Es modelo... de pintor!

Hoy no es ya la que era antes,
y pertenece al montón
de las mujeres galantes
que están en circulación.
Despluma al rico y al necio,
triunfa y gasta sin cuidado
y se cotiza á buen precio
en la Bolsa del Pecado.
Y en vano preguntarás
su nombre, porque verás
que cubre su vida un velo,
y cuando ella pasa oirás:
—¡La Modelo...!
. . . . . .
¡La *Modelo!* ¡Nada más!

José Juan Cadenas

UN «ACTO» DE LOS CONSERVADORES

Valgan verdades. Nosotros no coincidimos con los conservadores ni en tanto así... Pero, amigo, la otra noche en el Trianon-Palace realizaron un acto que está bien.

Era la sección última. Salió á cantar la señorita Vargas, y porque á la terminación de no sabemos qué couplé hizo no sabemos qué gesto, un pollo de smoking protestó. Siguiéronle otros espectadores y luego otros, y la protesta se generalizó y obligó á la artista á retirarse y á que el telón cayera.

Nadie lo hubiera dicho; nadie lo hubiera hecho. Cuando el alboroto era mayor, el señor conde de Peñalver, que, pulcro y grave, ocupaba una butaca delante de la nuestra, destacó su calva pálida y brillante, y puesto en pie, comenzó á aplaudir con entusiasmo y á pedir que el telón se levantase y reapareciera la señorita Vargas.

El ex ministro Sr. Besada, el señor marqués de Valdeiglesias, el Sr. Quejana, el Sr. Andrade y algunos otros miembros conservadores se levantaron como el señor conde, y aplaudieron.

Se oyeron confundidos durante unos minutos aplausos, bastonazos y silbidos. Pero el ministro de Hacienda, Sr. Rodrigáñez; su subsecretario, Sr. Zorita; D. Joaquín Camargo, el «Vivillo»; el comisario regio de Seguros, Sr. Gayarre; D. Ricardo Torres, «Bombita»; el vicepresidente del Congreso, D. Martín Rosales; el concejal señor Martín; el diputado Sr. Salillas, y otras distinguidas personalidades, sumaron su aplauso al de los conservadores, y el telón se alzó y la señorita Vargas, llorosa y confundida, salió á escena dos ó tres veces, y repitió el couplé protestado hasta tres ó cuatro...

Nos ha reconciliado el «acto» con los conservadores. Hasta el extremo de que brindamos á los señores Maura y La Cierva estas columnas para que esclarezcan, si les place, ciertos rumores que han corrido por ahí de amores suyos...

MINIATURA

El que, de una mujer enamorado,
por miedo á deslizarse demasiado
oculta la pasión que le devora,
suele hacer un papel muy desairado
en esta sociedad engañadora.
Pues la sociedad de ahora,
sabe que aún hay perfectos caballeros
de su dama esforzados campeones,
pero prefiere chicos embusteros,
alegres, retozones,
que la digan requiebros... zalameros
y sepan... propasarse en ocasiones.

Ramón Asensio Mas

El ejemplo de un viejo

¡Lo que puede una pasión
Cuando se arraiga en el pecho!

Si no, que lo diga el buen ex empresario del Salón Nacional y mediano autor dramático, don José Pablo Rivas, que en aras de su amor por la señorita Herman, intérprete afortunada de sus obras, lo ha sacrificado todo: tranquilidad, fortuna, familia, todo; bizarramente, gentilmente, como un estudiante de Leyes sacrifica la pensión paterna y sus notas de fin de curso por una modistilla tobillera y pizpireta.

De temperamento fogoso y moceril (las canas caen por fuera y no se ven), el autor de *Napoleón, el Grande,* oculta bajo su aspecto burgués un corazón de granadero de la Guardia.

Nada le arredra.

¿Que en Madrid la parentela se empeña en estorbar los deliquios amorosos que se desarrollaban en un coquetón pisito de la calle de Apodaca? Pues á San Sebastián en el primer expreso, sin despedirse de la familia.

Pero el Sr. Rivas ¡ay! no tuvo en cuenta, al pensar así, que sus hijos tienen la edad exigida para sentarse en el Senado, y que á ellos les había de parecer mal este veraneo, merecedor de toda nuestra simpatía.

Y, ¡es claro!, sucedió lo que tenía que suceder: que cuando la amorosa pareja en la estación del Norte, y sentadita en un departamento de primera, se juzgaba libre de estorbos, surgió un vástago y se planteó una tragedia que no se le había ocurrido al autor dramático y de los días del importuno.

A los dos minutos «pintaban bastos».

El Sr. Rivas, como el D. Diego del Tenorio, exclamó con una naturalidad maravillosa:

¡Villano!
¡Has puesto en mi faz tu mano!

La señorita Herman se desmayó (esta vez de verdad) al oir que Rivas «cadet» la decía:

—¡Señora! ¡No va á ser nada lo del ojo!...

Y el coro general, menos los que perdieron el tren, se marchó cantando bajito.

Como el ardoroso Sr. Rivas merece todas nuestras simpatías, hacemos votos por que recobre la perdida calma.